

066. El primer valor de la escala

Muchas veces nos ocurre el no saber qué pensar sobre tantas noticias frívolas como nos brindan los medios de comunicación. ¿Nos las tragamos? Hay que pensárselo... ¿Nos enojan? Haríamos bien... ¿Nos entusiasman? Eso, no...

Por ejemplo, cierto periódico nos traía en una ocasión el desfile de Alta Moda celebrado en una gran ciudad europea. Naturalmente, “fulanita de tal” era la gran vedette. Y nos describía el reportero la enorme ovación con que era recibida, al ver todos aquel vestido fastuoso cuajado de rubíes, esmeraldas y brillantes. La custodiaban discretamente diez guardias, que se pusieron nerviosos en torno a semejante diosa, porque llevaba encima el valor de 1.764.700 dólares. Así, como suena, según aquel periódico: un millón setecientos sesenta y cuatro mil setecientos dólares.

Y quien dice de una diva de la pasarela, dice también del fichaje del mejor futbolista.

Lo malo de estas noticias no lo constituyen los hechos en sí, ya que cada uno de los actores de esos hechos habrá de responder ante un tribunal muy diferente del de la opinión pública.

Lo peor, según nuestro parecer cristiano, es que esas noticias, absorbidas deliciosamente por tantos millones de lectores o televidentes, van cambiando el criterio o la manera de pensar de tantísima gente. Los valores de la vida están, para ellos, en esas frivolidades que, por otra parte, son privativas de muy pocos.

Los que nos gloriamos en ser de Cristo, pensamos como el apóstol San Pablo, cuando nos dice: *“Pasa la moda de este mundo”* (1Corintios 7,31). *“Nosotros contemplamos las cosas que no se ven, pues las que se ven son pasajeras, mientras que aquellas que no se ven son eternas”* (2Corintios 4,18)

Entre esas cosas que no se ven ocupa el primer puesto lo que, desde los Apóstoles, se ha llamado en el lenguaje cristiano *La Gracia de Dios*. Es decir, el regalo de la Vida Eterna, que el Bautismo mete dentro de nosotros y que la muerte convierte en Gloria para siempre dentro del seno de Dios.

Hoy queremos ser conscientes de lo que es esa gracia de Dios,
para no despreciar lo que vale de verdad;
para no sobrevalorar lo que, aún siendo bueno, no pasa de ser relativo: bueno, sí,
pero hasta cierto punto nada más;
y para dejar de apreciar eso que a muchos encandila, pero que, en definitiva, causa verdaderos desastres en muchas personas incautas.

Cuando no se tienen estos criterios cristianos bien fijos en la mente, se corre el peligro de jugar con lo más santo y sagrado, descuidarlo en la vida, y perderlo en el momento menos pensado.

Ya que hablábamos de noticias de periódicos.

Un día nos traía el diario la del japonés que, por traslado de domicilio, tira varios muebles inútiles, y entre ellos un armario inservible. El bendito japonés no se daba cuenta de que tiraba con ello a la basura diez millones de yenes, equivalentes entonces a la suma de ochenta y un mil dólares, encerrados en aquel trasto. Suerte para aquel distraído que los recogedores de la basura de Tokio, honestos de verdad, identificaron al dueño y le devolvieron lo que ya iba a parar en el crematorio de la basura...

De los cuentos, sabemos sacar las moralejas.

Los valores del espíritu son en definitiva los que cuentan y pesan en la escala de los valores.

Y con esos valores no jugamos. Estamos al tanto de dónde están y cómo se deben guardar siempre.

Si se entregan alocadamente, no siempre se tiene la suerte de encontrarse con personas tan honradas como los basureros japoneses...

Sabemos que en nuestros días tiene todo esto importancia especial, porque, cuando el mundo se precipita en la secularización, corren peligro extremo esos valores primeros que Dios nos ha regalado.

Empezando por la FE. Nunca como ahora se ha visto en tanto peligro, por ser tantas y tantas las cosas extrañas que llegan a nuestros oídos. Falsos predicadores, formas esotéricas de oración, sectas que nos vienen con las doctrinas más peregrinas... O se tienen convicciones firmes sobre nuestra fe católica, o ese don primero de Dios se puede enajenar a un comprador astuto...

Los Papas últimos —y uno muy señalado fue Pío XII— nos han advertido cómo podemos hoy perder la GRACIA de Dios que llevamos en nosotros por el Bautismo. Cuando la sociedad se ha secularizado, la primera noción que se pierde es la noción del pecado. Entonces, con las conciencias atrofiadas, ¿qué se puede esperar de muchos? Aquel Papa insigne dijo en su famoso radiomensaje: “*El mundo ha perdido la noción de pecado*”, y nadie se ha atrevido a desmentirle.

Vale la pena mirar al momento último para saber valorar las cosas. El juicio postrero que hagamos del mundo se ajustará ciertamente a la verdad, sin miedo a equivocarnos. Uno de los obispos y mártires más insignes de la antigüedad cristiana, San Cipriano, nos dejó escrito:

- *¡Qué dignidad será y qué dicha el marchar de aquí felices, marcharnos gloriosamente en medio de las presiones y angustias! ¿Qué será cerrar los ojos, con los cuales veíamos a los hombres y las cosas del mundo, y abrirlos en un instante para ver sin más inmediatamente a Dios y a Jesucristo?...*

Esto es pensar en *las cosas que no se ven*, de que nos habla Pablo —la fe, la Gracia, la Vida Eterna— y que en nuestra escala de valores ocupan el primer lugar. Cosas divinas, ciertamente, que escapan a la propaganda de los medios de comunicación social, y que entrañan sorpresas más grandes que la contemplación de una diva con vestido de millones...